

Este cuento, tiene muy poco de cuento, lo soñé una vez y aunque fue un mal sueño, me pareció interesante contarlo.

Laura tenía 16 años y una vida feliz, estudiaba en la escuela técnica de la serena, vivía en casa de un tío materno llamado Hugo, le hacía compañía una prima llamada Antonieta, la Tuca, ella era hija de la tía de Laura, la tía Guillermina, compartían un humilde cuarto de adobe, con piso de tierra, de una casa grande que estaba ubicada en la subida del calvario de la calle Vicuña.

Las personas que vivían en la casa, eran varias, entre primos y parientes que se dedicaban a ayudar a los quehaceres, todos ellos provenían de zonas de campo, con escaso conocimiento, pero todas eran dueñas de un noble corazón. Estas personas, se deleitaban esperando a las dos niñas, a la hora que regresaban de la escuela, jamás pasaron desapercibidas. Las dos niñas como era la moda en esos tiempos, andaban con suecos, hechos de madera y cuero, con grandes y dorados broches, la casa tenía piso de madera, por lo que sus llegadas eran como las de un tropel de caballos, se sentían tan poderosas y orgullosas de verse altas y de armar tanto alboroto, cuando martillaban acompasadamente con sus grandes suecos, las apolilladas maderas de la antigua casa.

Eran felices, inocentes del dolor, el sufrimiento más grande que habían tenido, fue cuando Laura se encontró una gata y ese día decidieron no ir a la escuela, se quedamos acostadas con la gata ronroneando, pero la Raquel, que era la cocinera, las delató y vino el tío Hugo muy contrariado, para saber porque no

fueron a la escuela, la Laura y la Tuca se hicieron las enfermas, pero desde una de las maletas se escuchó el maullido y el tío las mandó a dejar a la gata, donde mismo la habían encontrado y regresar a la escuela, trayecto que las niñas hicieron llorando y haciendo mohines de descontento.

Y pasaban los días entre anécdotas, risas y suecos, la vida de las adolescentes es hermosa, en las noches veían una novela de Barnabas Collins en la tele en blanco y negro, algo que disfrutaban mucho a pesar del miedo a los vampiros, que entre gritos y risas, lograban conciliar el sueño.

En la subida El Calvario donde vivían estas dos niñas, había una escalera que llegaba a una sede y era la sede del Partido Comunista, ellos hacían periódicamente reuniones. Las niñas siempre pasaban corriendo por las escaleras para llegar a su hogar, nunca miraron hacia adentro, ni tuvieron otro contacto con ellos, en realidad a los 16 años eran más importante cosas diferentes, cosas de niñas.

El día 11 de septiembre de 1973 fueron a la escuela como siempre, pero el profesor de inglés llamado Tulio, era un moreno barbudo de ojos negros, que a pesar que tiraba saliva cuando hablaba en inglés, era el amor platónico de Laura y de la Tuca y de todas las niñas del curso, el no asistió a hacer la clase y las alumnas fueron mandadas a la casa, el ambiente estaba enrarecido, hacia más frío de lo normal y la gente corría asustada de un lado para otro, subieron corriendo la escalera. Los del partido comunista retiraban las cosas de la sede.

De entre ellas cosas se les calló un objeto de metal con el rostro del presidente Salvador Allende, Laura lo recogió como un tesoro y lo guardó en el bolsón de colegio.

Subieron las escaleras y el tío les dijo que se apuraran, que en la tarde no irían a la escuela; la Laura y la Tuca se pusieron a escuchar a Herve Vilard y a hojear a revista Ritmo, hablaron de tantas cosas, cantaron y rieron, suspiraron, como si el aire se estuviera acabando, después de tomar el té se acostaron a dormir, a soñar con una vida feliz.

Como a las 10 de la noche fueron despertadas por voces muy fuertes y roncadas, gritaban, daban órdenes, eran soldados, el tío vino corriendo al cuarto de las niñas y les susurró quédense en silencio, pero fue acallado por un culatazo de fusil y cayó al piso con la sien sangrando, las niñas aterrorizadas gritaban, era como el infierno, trajinaron su ropa, sus prendas femeninas, las que lavaban escondidas y secaban en una soga del cuarto, para que nadie ensuciara sus intimidades, ni con la mirada, pero allí estaban, pisoteadas y despreciadas por las negras botas, que en cada pisada, rasgaban uno a uno los encajes de inocencia, trajinaron las maletas y el bolsón de la escuela, encontraron el tesoro de Laura, ¿esto es tuyo? le pregunto un soldado con voz de trueno No señor, respondió Laura, lo encontré botado, ¿Cuál es tu nombre? Laura, ¿edad? 16 años señor. Las hicieron levantar en camisa de dormir, las niñas obedecieron y se pusieron los suecos y salieron

tiritando; afuera estaban todos los vecinos con las manos en la pared, faltaba solo la familia de las niñas, para completar el triste cuadro.

Laura observaba las manos puestas en la pared de pintura corrida y era tanto el frío y el temor, que estaban blancas, como de un espíritu en pena, manos pequeñas, manos inocentes. El perro de la vecina, salió ladrando para defender a su ama, se sintió un aullido tan triste, que inquietó el espíritu hasta lo más profundo y luego se fue desvaneciendo, como se desvanecen los sueños, las niñas, no miraron, pero comprendieron en ese momento, como era el dolor, como era el horror, algunos retornaron tristemente a sus respectivos lechos, otros, nunca más volvieron.

No volvieron a ser las mismas, el tío, al día siguiente las envió de regreso a Vicuña, salieron tiradas en el piso de un bus, mientras las piedras azotaban los vidrios, llegaron a su pueblo sumidas en la tristeza y allá en la ciudad, en un humilde cuarto de una casa vieja, quedaron olvidados unos suecos y unos sueños.